

A propósito de la formación de estilo

Luis Blanco

Iniciación a la lectura como incentivo para la formación de estilo; aunque matizando, la lectura basta por sí misma.

He leído con interés el número de verano de *Alacena* (n.31) del grupo editorial S.M. La mayoría de las páginas están dedicadas a los libros de estilo, un tema recurrente que salta de unas revistas a otras y coloca de vez en cuando un nuevo título en los escaparates de las librerías; uno de los últimos pudiera ser *El estilo literario* de Luis Alonso Shöckel (1996), refundición y puesta al día de *La formación del estilo*, un libro imprescindible y agotado en su quinta edición de 1968 en la Editorial Sal Terrae.

La lista, sin embargo, es abundante y los firmantes de los artículos de *Alacena* nos recuerdan que, además de los libros de iniciación escolar al lenguaje escrito, han entrado con fuerza en el panorama universitario y profesional otros títulos urgentes, así el *Libro de estilo universitario*, los libros de estilo de los periódicos como *El País*, *El Mundo*, *ABC*, *La Vanguardia*, *La Voz de Galicia*,

Contra la opinión de Raúl del Pozo que dice que "los libros de estilo son la censura del lenguaje y el periodista debe quemarlos", Sánchez Dragó no se muere de la lengua pero concede que "son una herramienta para esa legión de analfabetos que suelen ser los periodistas". La discusión está servida.

Por supuesto, no vamos a entrar en ella dado que las etapas de formación del lenguaje que ahora nos interesan no son las universitarias ni profesionales sino las escolares.

De todas formas, la aparición de los libros a que me refiero es una llamada de atención. Resulta que el tema del estilo, de la formación del estilo, no era una

pasajera cuestión escolar sino que se replantea con nuevas urgencias a niveles superiores. Y hasta puede ocurrir que cuando uno no ha trabajado bien en los primeros niveles, lo de los niveles superiores no sea, como era de esperar, una etapa de perfeccionamiento sino un comienzo tardío y a salto de mata.



Motivaciones para un aprendizaje

También es verdad que no están en la misma disposición para meterse en la tarea un/una escolar y un/una estudiante de periodismo; me refiero sobre todo a la distinta motivación.

Se supone que quienes estudian periodismo ya empiezan a jugarse empleo y sueldo con la formación de un estilo que va a ser su instrumento de trabajo. En el caso de la escuela, y dependiendo naturalmente del profesor o la profesora, la finalidad es otra: los alumnos se juegan una nota o calificación como en casi todo lo que hacen pero además, y esto es importante, debiera comenzar ahí la maravillosa aventura del descubrimiento del lenguaje, el de los otros (los grandes poetas, los grandes narradores) y el propio, la magia de las palabras ajenas y el gozo comprobado de que, a pesar de todo, no son distintas de las nuestras.

Las notas que siguen no proponen nada nuevo al respecto; me limito a recoger algunos cabos con los que hemos trabajado casi todos los que andamos o hemos andado en estos menesteres.

La competencia de los Srs. Profesores

Tomó pie de una anécdota ya fichada como "ejemplar" en la memoria de quienes, a su tiempo, tuvimos noticia de ella. Sitúense en primero de BUP (que lo hubo). En el Informe escolar del niño L. M. García García, valga ese nombre, se dice que presenta dificultades en la expresión escrita tanto en las redacciones propiamente dichas como en otros trabajos de clase:

«—¿Y quién es usted para meterse con la expresión escrita de mi hijo?»

La señora García (que resultó ser profesora en el bachillerato nocturno) sacaba del bolso una circular de la tutoría de primero en la que, efectivamente, se había colado algún traspiés sintáctico, más que nada algún de deslizamiento de la sintaxis gallega en la castellana.

Probablemente el profesor o la profesora se han sentido perplejos ante la evidencia. No es la primera vez

que ellos mismos han reconocido la limitación de sus recursos estilísticos y que han tenido que sobreponerse a ello argumentando con que una cosa es la competencia didáctica (ellos son buenos profesores de

literatura y escritura) y otra muy distinta su propia capacidad expresiva.

A ellos les da mucha moral saber que no siempre el mejor poeta es el mejor "enseñante" y que incluso el mejor poeta, por razones que no siempre lo son, es incapaz de hacer lo que ellos hacen: enseñar a toda una clase a hacer poesía. Contaban malas lenguas que Gerardo Diego en sus tiempos de profesor de instituto en Gijón, se enemistaba con los alumnos por cuestiones de ortografía, vaya usted a ver, pero le irritaban más que nada las pretensiones poéticas de los alumnos que hacían sus pinitos con las rimas y solicitaban la opinión del maestro. Su respuesta era famosa: "Todavía no he terminado con Góngora, tráigame sus papeles más adelante".

Se non e vero e ben trovato, al menos como caricatura de una cierta actitud: la del ilustre profesor que sobrevuela despectivamente la menesterosidad expresiva del alumnado. Para remediarla están los otros, los maestros aplicadillos,

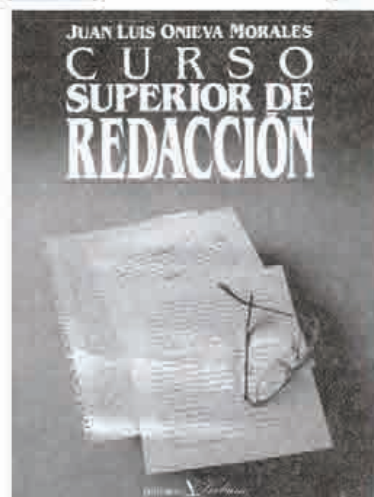
los metódicos, que siguen echando mano de pautas y normativas para no perderse en el difuso mundo de la creatividad que tampoco ellos dominan.

Y la culpa es... ¿De quién?

La queja, el disgusto, o directamente el exabrupto de los profesores, incluidos (o empezando por) los universitarios a la hora de corregir exámenes y trabajos, es fecla que suena en todas las reuniones de departamento, y no sólo del de literatura.

¿Qué les enseñaron a estos jovencuelos/as en el Instituto, en el colegio, en la academia, si no saben escribir?

Ahora bien, resulta que esta cuestión se podría trasladar al mismo centro escolar de donde salieron; qué les han enseñado en primero, en segundo, en tercero, si han llegado a COU incapaces de poner en pie



un tema sobre sus tres patas: la ortografía, la estructura y el lenguaje.

La profesora de primaria afirma que aquel niño/a que ahora, en cursos superiores, según le dicen, tiene problemas con la expresión escrita, escribía cuentos cuando estaba en su clase y le divertía ilustrarlos con sus propios dibujos; puede que no pasaran de la media docena de líneas pero tenían principio y fin e incluso alguna repentina ocurrencia como aquella de que los bosques guardan el miedo en los troncos de los árboles. ¿Qué es lo que ha pasado desde entonces?

Si el caso de este alumno/a fuera único, no merecería la pena ocuparse de él, pero el caso es de libro.

Los geniecillos que no lo son

Empéce mos, sin embargo, por no exagerar. Que un niño/a de cinco o seis años suelte a bote pronto una frase que se parece a una greguería, no tiene nada de raro: todo se debe precisamente a una insuficiencia de lenguaje. La niña que le dice a su papá: "por la mañana te huelen mal las palabras" en vez de decirle "tienes halitosis matinal", ha hecho involuntariamente una greguería que los mayores aplaudimos pero que sólo revela una carencia. La otra niña que en un programa de televisión afirma que los ángeles son unos chicos que comen nubes no sabe nada de los ángeles y dice lo que dice. Y como estos casos a docenas. Una vez descubierto el filón, es normal que "la profe" o "la seño" trate de explotarlo. Conozco un divertido diccionario compuesto por los niños a base de definiciones de los objetos del aula: el lápiz, la pizarra, el mandilón, el cuaderno...; la "seño" hacía las preguntas y copiaba al dictado las respuestas de los niños; y así resultó que: "la tiza es para pintar pero al final se muere", "la plastilina es el barro sin manchas", "el lápiz es para hacer las letras pero si es de colores hace los árboles", etc.

Pues qué bien; las pequeñas sorpresas nos las llevamos, y las jaleamos los adultos, claro está; y puede que a los niños eso les sorprenda: ¿habré dicho algo raro?

Cuéntame un cuento, abuelita, etc.

Si buena parte del lenguaje lo seguimos adquiriendo de oído, el primer lenguaje articulado en la infancia es el resultado de lo que el niño oye y luego combina a su modo; a veces graciosamente como decíamos.

Se supone que la base de ese lenguaje primario es fundamentalmente el entorno familiar. Pues bien, insistiendo en ese aspecto, no son pocos los escritores, novelistas, poetas que en sus notas biográficas acaban o empiezan hablando de la inmensa suerte de haber tenido en su niñez una chacha o una abuela contadora de cuentos. A la magia de aquellos relatos, a la fascinación *ex auditu* antes de dormirse atribulan dichos autores su primer enganche con el mundo de la creatividad literaria.

Federico G. Lorca habla explícitamente de Dolores, "la Colorina", la mujer que le cantaba nanas y romances. Tanto aquellas músicas como aquellas letras quedaron para siempre asociadas a los orígenes de su poesía.

Sin embargo, una vez más, no se trata de ninguna ley universal. Es posible que sean más los niños y niñas que han tenido a su lado una cuentacuentos o cantadora de nanas sin que esto les haya traído posteriores secuelas literarias,

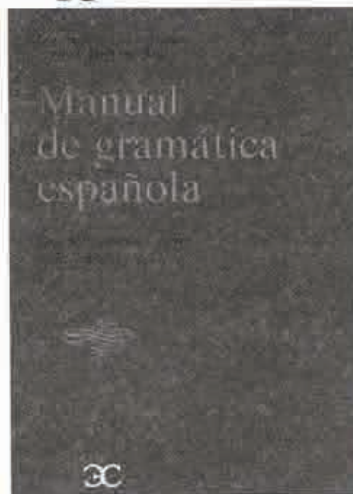
que los que, como León Bloy, tuvieron que oír cada noche las palizas de los vecinos al otro lado de la pared de su habitación. Y León Bloy salió escritor.

Con esto no quiero quitar importancia al tema sino señalar alguno de sus tópicos.

El talismán de la lectura

Bastante más significativa en orden al despertar literario me parece la etapa de aprendizaje e iniciación a la lectura; entiendo el aprendizaje como la mecánica (romper a leer) y la iniciación como la apertura al sentido, el gusto y la afición a la lectura.

El aprendizaje, salvo raras excepciones, cuenta con un método común para toda la clase en una misma etapa escolar; el resultado es que los alumnos acaban sabiendo leer o "soltándose a leer" como Fuen-



teovejuna: todos a una, o casi a una. Las excepciones confirmarían la regla.

En cambio, los resultados de la iniciación serán siempre menos previsibles puesto que entran en juego las distintas sensibilidades y capacidades del alumnado. Una vez más, sorteando los tópicos, no todos los alumnos van a ser de los que substraigan libros de la biblioteca familiar para leerlos a escondidas, cosa que se atribuyen no pocos escritores como ceremonia iniciática de su carrera y que demuestra, efectivamente, una gran afición a la lectura.

Por lo demás, el tiempo libre, que fue tradicionalmente el tiempo –y el espacio– de la lectura relajada, se ve hoy día solicitado por otros intereses cuyo denominador común ha de ser lo más parecido a la total evasión. Ahí cabe un comic más que una novela y en pocos casos aquel título imprescindible y siempre aplazado de que hablaba la profesora de Literatura, llega a ser leído. "Entre tocho y tocho (las asignaturas de la carrera) lo que menos me apetece es otro tocho" (¿"A la busca del tiempo perdido"?).

Ya de paso, aplaudo el acierto de esas ediciones baratas y brevísimas de Plaza Janés y de Alianza Cien con poesía para los que no leen poesía o con prosa para los que no leen nada; una tentativa de atajar en interés a las imágenes televisivas y disputarles pequeños tiempos perdidos mediante el mínimo de letra posible.

Lectura versus escritura

Iniciación a la lectura como incentivo para la formación del estilo; así lo hemos planteado y no es mal planteamiento aunque, puestos a matizar, la lectura no tendría por qué estar subordinada a otra finalidad distinta de ella misma. Es decir, que si lo que yo leo repercute en mi estilo literario, no debiera ser nunca por mimetismo (algo que no está mal en las etapas de aprendizaje) sino por otras vías de asimilación. "Asesina al que imitas para que puedas firmar lo que escribes".

¿Y los libros sobre la formación del estilo?

Es decir, los libros que proponen programación y método para llevar adelante esa formación.

Tuve la suerte de pertenecer a aquel primer grupo de alumnos con los que Luis Alonso Schöckel iba ensayando su propio método una clase tras otra. No había libro. Sin ser conscientes de ello, el libro lo íbamos haciendo entre todos. La falta de rigidez metódica que el procedimiento permitía, lograba un doble objetivo: la eficacia didáctica y el placer de la experiencia.

Pude comprobar, años después, cómo aquellas clases se convirtieron en texto y cómo su aplicación no se libró ya en bastantes casos de una discutible servidumbre, pero éste es el peligro de los métodos.

Delante de mí tengo el *Curso superior de Redacción* de Juan Luis Onieva Morales (Ed. Verbum), un buen libro sobre el tema, más expresamente didáctico que el ya citado *El estilo Literario* (Schöckel, 1995), con una organización por unidades que facilita el estudio y el trabajo. Se trata de un "curso superior" como reza el título del libro y que viene después de un *Curso básico de Redacción*.

Una vez más, la eficacia del método, la soltura de su aplicación sin caer en las fórmulas, ya no dependerá del libro sino de los maestros/as que hayan de utilizarlo. Y para eso no veo mejor preparación que la de implicarse en el curso, es decir haciéndolo previamente (¿simultáneamente con los alumnos?) quienes deberán impartirlo. A los resultados me remito.

Entre Unamuno y Juan Ramón

Lo que queda entre ambos es el modesto espacio o el esforzado franco de los que aprenden cada día.

Porque a Don Miguel de Unamuno parece no importarle demasiado lo del estilo (bien que se lo han reafirmado incluso los que le respetan) y, en cambio, a Juan Ramón Jiménez le obsesiona. De Don Miguel es el siguiente párrafo:

"Escribe como te dé la gana, y si dices algo de gusto y te lo entienden y con ello no cansas, bien escrito está como esté; pero si no dices cosas que lo valga o aburras, por castizo que se te repute escribes muy mal y no sirve darle vueltas que es tiempo perdido. Y en cuanto a lo de aburrir, no olvides que más pesada que un galápago es una ardilla dando vueltas en su jaula".

En cuanto a Juan Ramón, más que con una cita suya se me aclara con otra de José María Valverde: "La poesía es cuestión de codos". Juan Ramón Jiménez se pasó parte de su vida corrigiendo una y otra vez sus poemas hasta el punto de hacer irreconocibles algunos de ellos en el paso de una edición a otra. Cuando el poeta fue capaz de darse a sí mismo aquel hermoso aviso: "No lo toques ya más que así es la rosa", quizás el poema, a fuerza de pullirlo, estaba a punto de escaparse de las manos.

Lo dicho, entre Don Miguel y Juan Ramón, aquí seguimos trabajando la sintaxis intentando recuperar, ahora muy conscientemente, la gracia de hacer metáforas que, según nos cuentan, fuimos en el parvulario. ■